

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Lo bueno y lo mejor, por doña Angela Grassi.—Los Huevos de Pascua [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Escolástica, por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADO: *Recinatorio*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

GEOGRAFÍA.—VIAJES.



MANIFESTAMOS en uno de nuestros anteriores artículos, que entre los conocimientos que deben poseer las niñas, debe ocupar un lugar atendible el de la Geografía, é insinuamos el tiempo que debía invertirse en su enseñanza; y mientras que esto se haga en los colegios ó en casa, servirá solo para adquirir la teoría; pero tienen las discípulas un medio de practicar lo que aprenden, y practicarlo con aprovechamiento y placer. Me refiero á los viajes.

Constituyendo hoy casi una necesidad de la vida, aunque solo sea por la distraccion que proporcionan, y al alcance ya de todas las fortunas, podemos conocer prácticamente lo que los libros enseñan, y la instruccion es así completa.

Una jóven que haya aprendido bien la Geografía de España, y haga un viaje á Bayona, por ejemplo, aun cuando sea, como es natural en el ferro-carril, comenzará en Torrelodones á ver los estribos de los antiguos montes Carpetanos que dividen ambas Castillas, é irá atravesándolos desde el Escorial hasta Avila, comprendiendo sus condiciones geográficas, al menos las mas pronunciadas, pues por mucha que sea la velocidad con que se marche, se pueden ver perfectamente las masas de granito de que generalmente se compone la sierra.

Ya en la vieja Castilla, se vé constantemente su inmensa llanura, sus fértiles campos, que tantos cereales producen y alimentan los infinitos molinos que mueve el canal de Castilla, que tambien se atravie-

sa, como varios rios, y se vé al paso donde tiene su asiento la hoy rica Medina del Campo, y en otro tiempo opulentísima ciudad, cuyas ferias eran las mas renombradas, por ser emporio de inmensas riquezas: la alegre Valladolid, la altiva Búrgos; y acabadas estas llanuras en Pancorbo, todavia queda la pintoresca llanada de Alava, con su esbelta capital, y entrando en seguida en la montuosa Guipúzcoa, se atraviesan los Pirineos por obras de arte colosales, por un tunel de tres kilómetros, y corriendo por debajo, y sobre las montañas, se desemboca al frente del Océano y en San Sebastian, la linda capital da Guipúzcoa, que ha roto sus murallas para ensancharse, y se admirará luego la lindísima bahía de Pasajes, la industriosa Renteria, Irun; y atravesando el Vidasoa, y viendo en él la isla de los Faisanes, de históricos recuerdos, y no lejos Fuenterrabía, modelo de patriotismo, se entra en Fracia por Endaya. ¡Cuánta enseñanza puede tener este viaje á la jóven que de él quiere aprovecharse! Con solo fijar su atencion en lo que vea, y repasar despues lo que aprendiera en los libros, sabrá ya para siempre la Geografía de estos paises, como puede saber los que hay hasta Cádiz, ó hasta Valencia ó hasta Barcelona. Para todas partes hay sierras que atravesar, rios, valles, y toda clase de terrenos, y en todas partes hay enseñanza.

Y viajando así, no solo se adquiere instruccion, sino que se goza con la distraccion que ofrece el exámen de la variedad de paisajes y de objetos. Y si llevamos una *Guia* que consultar, nos dirá todas las particulares de los terrenos, sus producciones, la historia de los pueblos que atravesamos, ó vemos, su industria, su riqueza y hasta el número de sus habitantes.

Viajando de esta manera se deslizan deliciosamente las horas, que para muchos se hacen pesadísimas, porque no saben aprovecharlas. Ensayen, pues, nuestras amables lectoras esta manera de viajar, y comprenderán su excelencia, con grande ventaja

para su espíritu, en cuanto al recreo que proporciona, y para su inteligencia, pues la aumenta.

A. PIRALA.

LO BUENO Y LO MEJOR.

«¡Qué buena es Ventura! ¡Ventura es un ángel! ¿Hay alguien que pueda compararse con Ventura en caridad ardiente y bienhechora?»

Este era el coro de alabanzas que resonaba por todas partes, al tratarse de una de mis amigas de la infancia.

Y en verdad que estas alabanzas eran justas, y hasta cierto punto merecidas, pues Ventura vivía exclusivamente para sus amigos, yendo todo el día de aquí para allá, visitando enfermos, asistiendo á duelos y á funerales, acudiendo presurosa adonde había una desavenencia para dirimirla, ó en donde había una aflicción para mitigarla, ofreciendo á los unos y á los otros servicios y consejos, que jamás se limitaban á estériles palabras. No era necesario que fuesen amigos suyos los desventurados: bastaba con que fuesen simples conocidos para que ella acudiese sin demora á prodigarles auxilios y consuelos. Y como los que sufren son muchos, y como el dolor nos hace comunmente egoístas, la pobre Ventura no tenía ni un instante de sosiego. Se levantaba con el alba, se desayunaba de prisa, y salía de casa para ir á cuidar á un enfermo, ó para ayudar á coser sus galas á una jovencilla pobre que estaba en vísperas de casarse, ó para consolar á una triste viuda que acababa de perder á su marido; y así de unas obras de misericordia en otras se le pasaba el tiempo, y no volvía á su casa hasta las doce de la noche, ó si volvía, era para comer y lanzarse de nuevo á la calle, buscando en donde poder ejercer su caritativo ministerio.

Todo esto, como veis, era muy bueno; pero yo que la trataba íntimamente, comprendía la parte de vanagloria que había en su conducta, y los perjuicios que causaba á su familia, porque Ventura era esposa, y madre de dos tiernos niños.

Esposo é hijos estaban, como no podía menos de suceder, en el mas deplorable abandono, y al mas deplorable abandono quedaban entregadas las haciendas de su casa.

Ausente desde la mañana hasta la noche, ausente á veces por dos ó tres días, según lo requería el estado de aquellos á quienes iba á asistir ó á consolar, dejaba á sus pobres niños entregados á personas mercenarias, que los educaban á su modo.

En cuanto á su marido Eusebio, que era un abo-

gado ventajosamente conocido, y que tenía muy buenos pleitos, veía desaparecer sus ganancias, merced al despilfarro y á las dilapidaciones de un inútil enjambre de criados, á pesar de los cuales, á lo mejor tenía que salir á la calle con el gaban roto, ó los pantalones de otra estación por no hallarse los de aquella que cruzaban.

Eusebio tenía un carácter bueno, apacible, amante; gustaba en extremo de la vida íntima, y procuraba suplir en cuanto le era posible á la madre cerca de sus hijos, y al ama de la casa cerca de los criados; pero por esto mismo no era feliz, echando de menos á la dulce compañera, que hubiera debido embellecer su vida.

Cuando volvía del Tribunal, satisfecho de sí mismo por haber defendido con elocuencia una difícil causa, jamás hallaba á la esposa amante que le tendiese los brazos, participando de su alegría y de su gloria; cuando pasaba la noche en vela para escribir un discurso, jamás veía interrumpida su soledad por la esposa tierna y solícita que fuese á enjugar con santo anhelo el sudor que corría por su frente. ¡Era casado y vivía solo! Vivía solo, y veía crecer en el desamparo á sus pobres hijos, á quienes á pesar de todo su afán no podía consagrar más que algunos brevísimos instantes.

—¡Ah, me decía á veces tristemente, Ventura es un ángel, no puedo negarlo, y sin embargo, nos hace á todos desgraciados! Desatiende sus primordiales deberes para atender á deberes secundarios: olvida que la caridad debe ejercerse en primer lugar con la propia familia: olvida que la mujer no puede aspirar á ninguna corona, ni aun á la de las virtudes evangélicas, y que la única que sienta bien á su frente es la corona doméstica, forjada por su esposo y por sus hijos! Por Dios aconséjela, persuádala Vd. por Dios!

Inútil era esta súplica, porque Ventura se enojaba conmigo cada vez que la hacía algún cargo.

—¡Todo el mundo me dice que soy un ángel, exclamaba con sentido tono, y él siempre halla razón para motejarme! Sus quejas serían justas si abandonase mi casa para frecuentar los paseos y los bailes, si me entregase á la pasión del lujo, ó gustase de frívolos galanteos...

—¡Ventura, la atajaba yo entonces, juzga cuán indigna será la conducta de la mujer casada que abandona su casa por tan mundanos placeres, cuando tú eres culpable abandonándola por ejercer la caridad y la beneficencia. La mujer casada, sacerdotisa de la familia, tiene deberes tan altos, tan sagrados que llenar, que no hay nada, ni en el cielo ni en la tierra, que pueda dispensarla de cumplirlos!... Ante todo es preciso que atienda á su sublime ministerio, ante todo tiene que pensar en la paz de su casa, en la felicidad de su esposo, en la educación de los

ángeles confiados á su celo!.... ¡Ay de tí si por tu indolencia pierden la salud del cuerpo! ¡ay de tí sobre todo si pierden la salud del alma! ¿Crees que podrá haber algun castigo, por horrible que sea, que baste para castigar á una madre descuidada?

Ventura se encogía de hombros al oírme hablar así, y procuraba variar de conversacion.

¡Dios, sin embargo, se encargó de hacer que abriese sus ojos á la luz de la verdad!

Una de sus mil conocidas quedó viuda, y á consecuencia de este disgusto, tan débil, triste y abatida, que los médicos fueron de parecer que mudase de aires al instante. Pero en el estado en que se hallaba, ¿cómo había de emprender un viaje sola? cómo había de permanecer sola en una poblacion desconocida? Sus hermanas estaban todas casadas, y no las era posible desatender sus deberes. En este conflicto acudieron á Ventura. Satisfecha ésta de poder ser útil, pagado su amor propio de que hubiesen recurrido á ella, como la persona mas dispuesta para casos semejantes, corrió á su casa, hizo sus preparativos, á pesar de las observaciones y las súplicas de su marido, y siguió á la enferma.

Dos meses estuvo ausente.

Volvió por fin á Madrid, y volvió en una tarde triste y lúgubre de invierno.

Sin duda sería por esto, que á pesar de que dejaba á su amiga perfectamente restablecida, á pesar de que había recogido buena cosecha de alabanzas por su solicitud y su celo, sentía un peso enorme sobre el corazón. Y ¡cosa estraña! á medida que se acercaba á la capital, su corazón palpitaba con mayor angustia, como si presagiase una desdicha!...

Bajó de la diligencia y corrió á su casa; pero el portero la salió al encuentro, diciéndola que aquella casa iba á ser derribada, y que su esposo había tenido que mudarse á toda prisa. Indicóla al mismo tiempo su nueva vivienda, que estaba algo lejana.

Ventura sin saber porqué, sintió agravarse aquel peso enorme que la oprimía el corazón; sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos....

Empezó á andar tan aceleradamente que llegó muy pronto á la calle designada....

Era ya de noche y no se veían los números.

Entró á la aventura en un portal, con intencion de preguntar á los porteros...

En el portal había muchas mujeres formando corro, y hablando entro sí con ademan azorado.

Ventura sintió redoblarse los latidos de su corazón, y tuvo que apoyarse desfallecida en el marco de la puerta....

(Se continuará.)

ANGELA GRASSI.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

Llegó por fin la Pascua, iluminada por un sol radiante; dó quiera se respiraba un suave y embalsamado ambiente; los campos ostentaban pintadas florecillas, y parecía que todo en el valle había vuelto á la vida.

Apenas la aurora se anunció con sus rosadas tintas, la dama y su fiel criado se encaminaron por un estrecho sendero á una pequeña ermita situada á algun distancia del valle. Los demas vecinos, que por su edad y quehaceres estaban en disposicion de emprender tan largo paseo, los acompañaron piadosamente.

Cuando todos estuvieron de vuelta, los niños que se habían visto obligados á permanecer en sus casas, y estaban invitados para reunirse en casa de la noble extranjera, acudieron con la mayor alegría. Se les condujo al jardín, el que no en vano había cuidado Bruno durante un año, donde les aguardaba una gran mesa ricamente cubierta. Eduardo y Blanca se colocaron entre los demas niños, y era un tierno espectáculo ver tantas cabecitas blondas y negras, tantas risueñas fisonomías, que en vano procuraban disimular la curiosidad de que estaban poseidos.

—No es mas bella una guirnalda de rosas y azucenas, pensó la dama.

Ella misma principió ante todo á explicarles con voz grave y digna, porqué la Pascua es una de las fiestas principales que celebra la Iglesia. Cuando terminó su explicacion sirvieron una gran fuente de natillas, que conforme la señora les dijo, estaban hechas de huevos y leche: á cada niño le hizo plato, y ellos no cesaban de decir que en su vida habían comido cosa mejor. Situado al extremo del jardín, estaba un bosquecillo, rico de plantas y arbustos, al que daban sombra las copas de los árboles que en él se agrupaban, y bajo los cuales había algunos asientos de roble. A este pintoresco sitio condujo á todos los niños la señora, y les encargó que cogiesen por allí el musgo suficiente, y cada uno formase un nido, señalándole de alguna manera, para poder reconocer despues cada uno el suyo. Los niños cumplieron esta estraña orden con la mayor alegría, y los nidos fueron esparcidos sin orden por el bosquecillo.

De nuevo llevó entonces la señora á sus pequeños convidados á la mesa, donde ya los esperaba una gran torta hecha de huevos y harina, la que fué distribuida entre los niños, siendo inútil decir, que éstos la hicieron tan bien los honores, que no dejaron ni

una migaja. En tanto que esto pasaba en la mesa, Marta se encaminó al bosquecillo con un cesto lleno de huevos de colores, y los fué distribuyendo en los nidos. Cuando los niños concluyeron de comer, la señora les dijo:

—Vaya, vamos á ver si los nidos tienen algo que ofreceros.

Y todos acudieron en tropel, y ¡qué sorpresa la suya! Cada nido contenia cinco huevos del mismo color, y lo que era mas raro aun, uno de aquellos huevos tenia un lema. ¡Qué extremo de alegría experimentaron todos!

—¡Huevos encarnados, decia uno, qué hermosos!

—Y en mi nido azules, azules como el cielo! replicó otro.

—¡Y en este amarillos!

—¡Mas bonitos son estos, decian otros, que tienen todos los colores!

—Yo querria ver las gallinas que ponen unos huevos tan hermosos, decian algunos.

—Ah, ya sé, dijo la hermana menor de Marta, no son gallinas las que han puesto estos huevos, los ha puesto una liebre que estaba allí oculta cuando fuí á coger el musgo, y que huyó al acercarme á ella.

Al oirla, todos los niños prorrumpieron en una risa general, y exclamaban:

—La liebre! qué tonta, la liebre poner huevos de color!

—Qué encantadora alegría! exclamaba la dama para sí, conmovida con aquella sencilla escena. ¿Quién no querria procurarles semejante placer? ¿Quién no querria gozarse en su felicidad, en esa inocente dicha que se refleja en sus semblantes, y que muestra la candidez de sus almas puras?

Aunque la alegría de los niños parecia haber llegado á su colmo, todavía la amable señora se reservaba hacerla subir á mas alto grado. Cada niño hubiera querido tener huevos de todos colores, y participar de este ó el otro que tenían los de su compañero: la dama comprendiendo este deseo, les dijo que trocasen los huevos unos con otros, reservándose tan solo aquel que tuviese algo escrito.

—De esta manera, les dijo, os acostumbrareis á socorreros mutuamente, y aprendereis como debeis obrar en todos los actos de vuestra vida. Dios reparte sobre los mortales sus beneficios, y es tanta su bondad, que permite que el cambiarlos ellos entre sí, que el darlos y recibirlos unos de otros, forme parte de su felicidad. Amáos y socorréos, hijos míos, tal es la sencilla espresion de la ley de Dios.

Eduardo en aquel momento leyó la máxima del huevo que tenia en la mano, lo que causó no poca sorpresa al niño que estaba á su lado, porque en aquellos tiempos, en que la enseñanza estaba tan atrasada, los habitantes del valle no tenían idea de

la lectura. El niño entonces quiso saber lo que decia el suyo, y la señora le dijo:

—Oh! una máxima muy bonita, escucha:

El trabajo y la oracion
dan la paz al corazon.

En seguida les preguntó si no tenían costumbre de dar gracias á Dios por los beneficios que recibían, lo que les recordó que se habían olvidado de dárselas por la comida y el hermoso regalo que la señora acababa de darles. En el acto se arrodillaron todos y dirigieron á Dios una oracion en accion de gracias.

Después todo los niños quisieron saber lo que tenían escrito los huevos, y se agruparon en derredor de la dama alzando las manos para que pudiese leer con mas facilidad.

—Hacedme el favor de leer éste.

—No, antes el mio.

—No, no, este primero.

La señora los colocó á todos formando un círculo, y les fué leyendo los lemas que eran morales y de fácil comprension. Hélos aquí:

Ama á Dios omnipotente,
y sírvele reverente.

No jures el nombres en vano
de Dios santo y soberano.

Quien las fiestas santifica
sus méritos multiplica.

Si á tus padres honra das
largo tiempo vivirás.

Nunca hagas daño á tu amigo,
y perdona á tu enemigo.

Guarda siempre castidad,
que es virtud la honestidad.

No robes á tu vecino
el bien que de Dios le vino.

Veraz siempre el niño sea,
que el mentir es cosa fea.

Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.

Un alma piadosa y pura
es manantial de ventura.

A tu padre obedecer
es tu principal deber.

Nunca, hijo, del bien te apartes,
que Dios te vé en todas partes.

—

Un alma buena y sencilla
radiante como el sol brilla.

—

El que una vez ha mentido,
no volverá á ser creído.

—

La envidia es un cruel veneno
que emponzoñará tu seno.

—

La avaricia fea y doble
indigna es de un alma noble.

—

Obra bien, y por dó quiera
gratitud y amor te espera.

—

La miseria solamente
encontrará el indolente.

—

Nos hace el oro brillar;
la virtud nos hace amar.

—

La paciencia presta al alma
fortaleza y dulce calma.

—

Un tranquilo corazon
vale mas que un rico dón.

—

Si odio siembras, nada mas
que desdichas cogerás.

—

A quien es justo en el suelo,
le aguarda un sitio en el cielo.

—

Cada niño tuvo cuidado de retener su sentencia,
y cuando la señora, por probar su memoria, se las
fué preguntando, ni uno siquiera la habia olvidado.
Jamás habian aprendido cosas tan bellas y útiles co-
mo en aquella sencilla diversion.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

ESCOLÁSTICA.

En las inmediaciones de Kiew, antigua capital de
los grandes Duques de Moscovia, elévase un con-
vento de monjas que todo el año se ocupan en manejar
la paleta y los pinceles; de sus retiradas celdas salen
cargas de pinturas, que no por su escaso mérito de-
jan de ser muy edificantes para los griegos cismáti-

cos; no admiten éstos las imágenes talladas, y como
la Rusia tiene millares de iglesias y claustros, y ape-
nas se hallará palacio, casa ó choza donde no haya
sus devotas imágenes, se concibe fácilmente que
tales obras han de tener seguro despacho; así es que
su venta forma un ramo de comercio lucrativo.
Fabrícense por especulacion en algunos talleres pro-
fanos, y con algun sentimiento de piedad en varios
conventos.

El que ahora nos ocupa, gozaba desde muy anti-
guo un privilegio, firmado por el Patriarca Grego-
rio II; este dignísimo metropolitano, mostró siem-
pre gran predileccion por el convento de Santa Ana,
hízole grandes donativos, y no contento con haberle
regalado ricos ornamentos y antiguos pergaminos,
que por ser indescifrables inspiraban gran curiosi-
dad y veneracion, desposeyóse de una joya inestima-
ble para enriquecer una de las capillas laterales de
su convento favorito.

La tal joya consistia en un cuadro de San Jorje,
patron de Rusia. Imposible hubiera sido hallar en
aquella pintura la verdadara inspiracion del arte.
Descubríanse únicamente, sobre un fondo de oro
mate, algunos rasgos confusos y azaz parecidos á las
que traza la inesperta mano de un chiquillo sobre
un blanco muro.

Fácil era inferir por el asunto, que la pintura re-
presentaba un hombre á caballo; pero éste se halla-
ba dibujado de manera que así podia tomársele por
cabalgadura, como por arco de triunfo, arco de
puente, ó cosa tal. Lo mejor, á no caber duda, era
el marco, en el cual veíase grabada una leyenda es-
crita en caracteres slavos, y guarnecida de perlas,
diamantes y otras piedras finas; siete de las primeras
eran gordas como avellanas, y setenta de las segun-
das no eran menores que guisantes; esto sin contar
la multitud de perlas menudas y aljofar que las cir-
cuian formando caprichosos dibujos.

La corona del Santo, que sostenian dos arcánge-
les vestitos de púrpura, se hallaba profusamente
guarnecida de rubíes, cuyos destellos no permitian
dudar acerca de su finura; el prelado, enseñándo-
la decia:—«Con solo tres piedras de estas, podria
comprarse todo el convento, y con el valor de las
demas el territorio y jurisdiccion de las poblaciones
inmediatas.»

El dia que tan espléndida joya fué llevada proce-
sionalmente á la iglesia del convento, vióse á una
blanca palomita seguir trás la procesion, entrar en el
templo y posarse tranquilamente sobre las primeras
gradas del altar. Allí permaneció quieta en tanto que
duró la ceremonia, pero al entonar los sacerdotes el
himno de San Ambrosio, vióse desplegar las alas y
remontarse hasta el cielo, llevada, por decirlo así,
sobre las nubes que formaba el humo del incienso.
Esto bastó para que las buenas religiosas, que todo

lo habian observado al través de las celosías, dijeron que la cándida paloma, era nada menos que el alma de su bendita Patrona y titular, que habia descendido desde su morada excelsa para recibir en el templo de su advocacion al caballero sin miedo y sin tacha, el bendito y glorioso San Jorge.

Corrió la maravillosa nueva, y las monjas no se daban manos para copiar la veneranda imagen: llovian los pedidos, y á la verdad no era fácil empresa copiar exactamente unas facciones que casi no se distinguian al través del cristal; añádase á esto que la pintura se habia colocado muy alta, y en lugar que recibia escasa luz, y se comprenderán la dificultades que les era preciso vencer para salir airo-sas del empeño. A fuerza de mirár y remirar, descubríanse unas líneas un tanto luminosas, y comprendíase que dibujaban el rostro del Santo; hecho este gran descubrimiento, no era difícil comprender que mas abajo estaria el noble cuadrúpedo, y entre sus piés el dragon vencido por el héroe cristiano. Mas todo esto, se adivinaba por la historia del Santo, y no por la vista de la pintura, que así el vicho podía ser dragon, como araña, ó lagarto.

Diez años despues del memorable acontecimiento, el claustro fué saqueado y presa de las llamas; no obstante, las religiosas pudieron salvar el cuadro, escondiéndole con alguna parte de sus tesoros y reliquias.

En tanto que se reedificaba la iglesia y el convento, las pobres artistas se vieron obligadas á trasladarse con sus caballetes, paletas y pinceles á un pabellon adornado de cabezas de javalí, astas de ciervo y patas de oso. Al año siguiente regresó la diputacion que habian mandado á San Petersburgo, trayendo de la nueva capital rusa abundantes y ricos presentes, por lo cual pudieron las religiosas comprar tres granjas, un soto, y algunos prados.

Entonces las monjas pensaron en darse buena vida, y por algun tiempo la ociosidad halló entrada en el claustro; mas esto duró poco, nuevas calamidades desolaron el apacible retiro, y los caballetes salieron á relucir de nuevo; pero, no, lo que relucia eran las estampas ó pinturas que se adornaban con placas de oro y follajes de plata.

Gracias al trabajo, á ese gran motor de la prosperidad, esta fué de aumento en aumento hasta en la época moderna en que dá principio nuestra verídica historia.

Al hablar de los adelantos, no nos referíamos al arte, éste no adelantó un solo paso, siguió y sigue tal como le plantearon en Italia los maestros de la escuela bizantina; tal como aparece en los cuadros de Cimabue y el Giotto. Es el estilo adoptado en Rusia para pintar á los Santos. Diríase que todos ellos tienen cierto aire de familia, en todos se nota la misma falta de individualidad y movimiento. Un rostro

enjuto, largo y descolorido, con ojos claros, nariz recta y afilada, boca pequeña y hundida, una barba crespa y dividida en dos mechones, ó rematando en punta. Hé aquí como representan la divina imagen del Redendor, imagen que completa una mano larga y descarnada, cuyos tres dedos se levantan señalando al cielo, y un traje compuesto de túnica roja y manto azul, ó vice-versa.

No pintan mejor á la hermosísima Virgen madre; las mismas facciones inanimadas, el mismo colorido la distingue; colocan en sus descarnados brazos la imagen de un niño endeble que alza tres deditos al cielo. No hay que buscar allí la divina espresion, la inefable suavidad, la santa pureza que se halla tan graciosamente retratada en las vírgenes de Rafael y Murillo.

En cuanto á los santos mártires, vírgenes y demás bienaventurados, se sabe quiénes son por el nombre ó la plegaria que suele ponerse al pié de la pintura.

Concluido este preámbulo, entremos en el claustro; es un edificio poco elevado, con puertas y ventanas arqueadas, cuya forma en nada se asemeja á las elegantes construcciones de los antiguos conventos de Alemania, Inglaterra, Francia y España. Un patio interior con galerias cubiertas, donde las monjas van á pasearse, recuerda únicamente las arcadas de los piadosos retiros de la edad media.

El templo se asemeja mucho al de Moscow, y á todos los de las antiguas ciudades rusas; cúbrele una cúpula bizantina, flanqueda por cuatro torrecillas, que sirven de campanarios; las celdas y departamentos de las monjas se estienden en semicírculo alrededor de la iglesia.

A un lado del convento percíbese un lago, al otro el camino de Kiew, del cual á corta distancia se desprende otro que va derecho al castillo de un gentil-hombre ruso, que es el mas próximo vecino de las monjas. En todo tiempo las buenas religiosas han procurado mantener buenas relaciones con los dueños del castillo, que las abastecen de caza y pesca; y ademas, como por lo regular son personas influyentes, protéjenlas en cualquiera circunstancia difícil, y las procuran el apoyo de las autoridades del distrito.

En la época en que sucedió el episodio que vamos á relatar, aquel imponente vecino era conocido de las monjas; es decir, conocíanle personalmente, pero en cuanto á su nombre, le ignoraban; así es que para designarle valíanse de un cariñoso calificativo, y todas le llamaban el *patrono*.

Aunque monjas, eran tambien artistas, y sabido es que la gente ocupada no se cuida de averiguar las vidas ajenas, esto hará comprender al lector porqué las monjas no sabian los títulos, las dignidades y demas circunstancias de su vecino. Contentábanse

con juzgar piadosamente que una profunda cicatriz que se advertía en su rostro era el resultado de algun heroico y valeroso encuentro con los enemigos de su patria, y que la rubicundez de sus mejillas y nariz, así como la gota que padecía, eran efecto de los años.

Si en las noches del otoño las despertaba la detonacion de una arma de fuego, solian esclamar:

—¡Ójala cace mucho nuestro patrono! y volviáanse á dormir. Si en las sombrías noches del invierno percibian entre las ráfagas del viento el ruido de un trineo que rodaba por la desierta llanura, rogábanle á su Santa Patrona que librase al patrono de todo mal, preservándole de los torbellinos, avalanchas y demas peligros que amenazan á los viajeros en la cruda estacion.

En una de tales noches sombrías y tempestuosas, hallábanse reunidas en el salon abovedado del convento, que servia de refectorio, tres jóvenes á cual mas lindas; dos sentadas en un banco en frente de la chimenea, y la otra de rodillas y apoyada en el alfeizar de la ventana, que se hallaba cerrada por causa del frio; esta joven guardaba silencio y parecia dormir, á pesar de lo incómodo de la postura.

Las otras dos charlaban alegremente; en sus rostros iluminados por el resplandor de la llama, hacian presumir si serian hermanas; notábase igual delicadeza y finura de facciones, igual espresion de mansedumbre y pureza, igual frescura y morvidez en las rosadas mejillas; pero mirándolos despacio se observaba en el rostro de la primera un no sé qué de suave y melancólico, que dejaba sospechar la existencia de alguna inquietud ó recuerdo penoso; cierta madurez precoz traslucíase al través de una frente pura y sin pliegues, al paso que en la mirada de la otra se descubria el risueño candor de un alma serena, la dulce alegría de los inocentes años protegidos por el ángel de la pureza.

En sus manos entrelazadas notábase la misma diferencia; suaves y blancas las de la una y la otra, diferian en la morvidez; las de Phedora, que así se llamaba la mas joven, estaban llenas de hoyuelos, las de Escolástica eran finas y delgadas. La grande amplitud de las mangas permitia descubrir casi todo el brazo; el de la primera carnoso y fresco, el de la segunda fino y delgado; en él aparecia junto al codo una señal azulada, indicio de su constante aplicacion al trabajo. El de Phedora no tenia marca ninguna, pero sí le adornaba un sencillo brazalete de oro, del cual pendia un corazoncito; era el recuerdo de una hermana querida muerta en la flor de sus años.

—Qué tienes esta noche? dijo Phedora fijando en su amiga una mirada infantil. ¿Por qué no me cuentas alguna de tus hechiceras historias? ¿Será necesario que despertemos á esa dormilona? preguntó señalando á la tercera joven, cuyo nombre era Marfa.

A la verdad, es cosa triste oír los gemidos del viento, y tener por compañera una estatua. ¿Te has quedado muda?

—Si hablo esta noche menos que otras, no lo extrañes, porque me ha rendido el cansancio, respondió Escolástica con una voz tan suave y armoniosa como el conjunto de su persona. ¿Pero cómo no habia de rendirme si he tenido que trabajar todo el dia desde que amaneció? Figúrate que para mañana deben estar concluidas las doce copias, y lo peor es que me hace falta el azul de Ultramar, y si Ana no viene pronto, me será imposible cumplir mi palabra á la Egumena.

Egumena es el título que se dá en la religion cismática á la priora ó abadesa de un convento.

—Ana no puede tardar mucho en volver, ya sabes que la tempestad no puede arredrarla; esa mujer viaja como los cosacos del Don, al través de la tempestad y los desiertos. Antes de media hora tendrás aquí la provision de Ultramar.

Pero dí, querida Escolástica, ¿por qué trabajas tanto? tus ojos no pueden soportar semejante fatiga; cuando yo vine al convento no tenias ojeras como ahora, reias mas á menudo, cantabas acompañándote con la *balaleika* (especie de guitarrillo con tres cuerdas), pero desde poco tiempo acá te veo triste, dejás que Marfa y yo nos divertamos con tan gratas distracciones.

—Demasiado sabes la causa de mi tristeza, dijo Escolástica suspirando. ¿Por qué finjes ignorarla? Mientras esto decia bajaba la voz y miraba con inquietud á la dormida joven, que se apoyaba en el marco de la ventana, y habíase movido ligeramente.

—Está soñando, dijo Phedora.

—Chist, no sea que se despierte, no hay necesidad de que Marfa sepa mis disgustos.

—Pero, mujer, si duerme como un lirón: ¿no lo estás viendo? Vamos, háblame de tus sueños; en una noche como esta es una conversacion que me place: ¿los ángeles y los diablos siguen apareciéndote cuando sueñas? No es esa la causa de tu disgusto? ¿Eso es cosa muy divertida!

Mientras Phedora queria distraerla con sus chanzas, la melancólica joven habia caído en una meditacion profunda; con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados, la frente y las mejillas pálidas, asemejábase á una flor abatida por el soplo de la tormenta; mas de pronto, como la flor alza su cáliz despues que ha pasado la ráfaga del viento, alzó la cabeza con altivez; sus negros ojos brillaban como dos carbundos; al abatimiento habia sucedido la exaltacion religiosa, el piadoso sentimiento de que se hallaba poseida imprimia en su semblante un sello augusto.

—¡Oh, cuán bella estás! exclamó Phedora com-

templándola con inocente admiración. ¿Es qué des-
ciende algún espíritu á visitarte?

—¡Díme, prorumpió Escolástica, no has creído
ver alguna vez á los seres inmortales, cuya imagen
retratas en el lienzo? No se han presentado á tu vi-
sta rodeados de la gloria y esplendor que alcanzan en
la morada eterna?

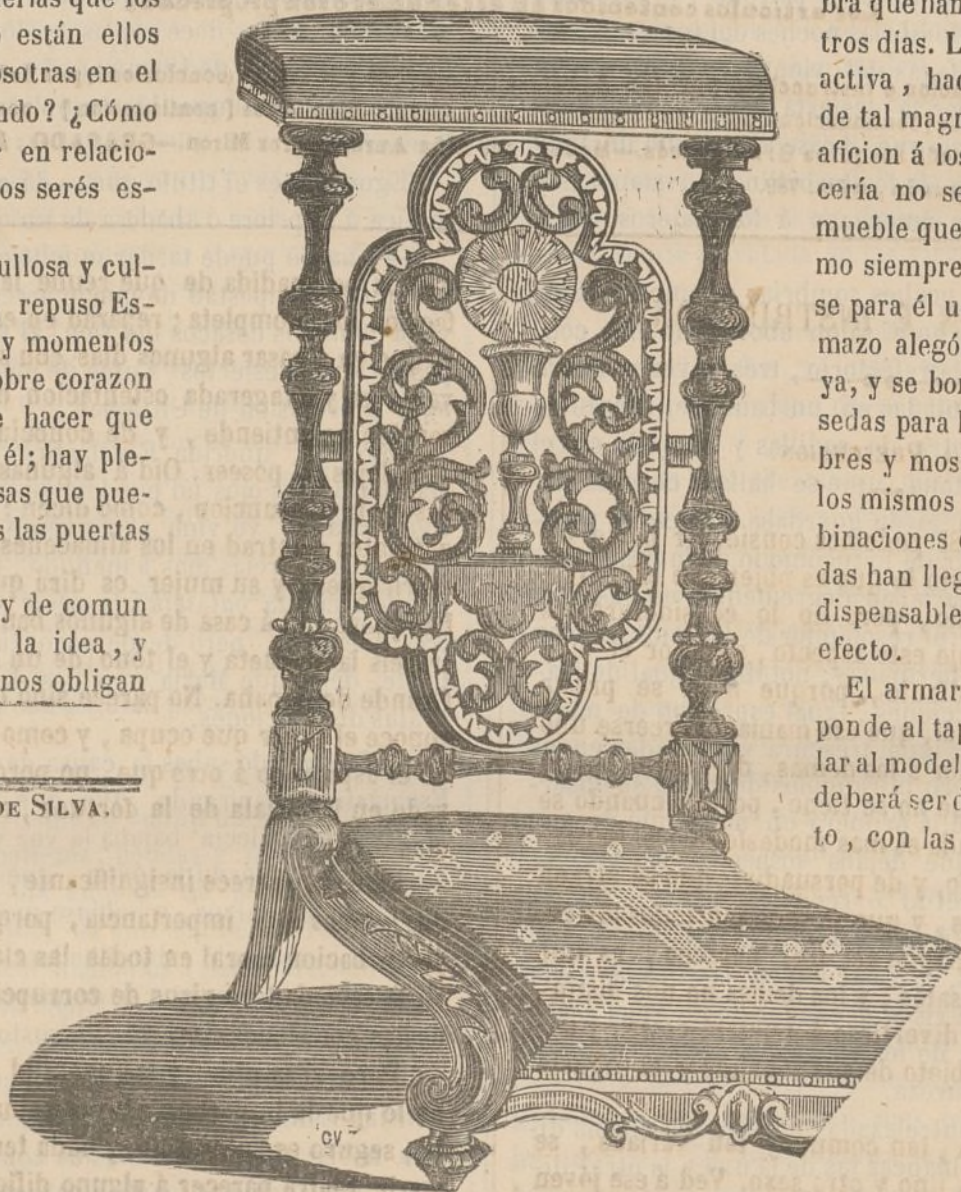
—No por cierto, jamás he tenido semejante vi-
sion, ¿y cómo querías que los
viese? ¿Acaso no están ellos
en el cielo, y nosotras en el
destierro del mundo? ¿Cómo
podríamos entrar en relacio-
nes directas con los seres es-
pirituales?

—Será una orgullosa y cul-
pable presuncion, repuso Es-
colástica, pero hay momentos
en que nuestro pobre corazon
se siente capaz de hacer que
el cielo baje hasta él; hay ple-
garias tan fervorosas que pue-
den entreabrirnos las puertas
del cielo!

—¿Pero qué hay de comun
entre la oracion, la idea, y
esas pinturas que nos obligan
á copiar?

(Continuará.)

MICAELA DE SILVA.



Reclinatorio.

LABORES.

Reclinatorio.

De cuantos muebles se prestan á ser realizados por
el trabajo de la mujer, ninguno tiene la importancia
que el que hoy ofrecemos á nuestras lectoras. La
adolescente, lo mismo que la piadosa madre de fami-
lia que cifran en la oración su impresion mas dulce,
gustan hacer de este mueble el mas rico y primoroso
de su habitacion, no omitiendo gasto ni trabajo para
conseguirlo: aun es mas bello destinar este recuerdo
á una persona querida, que de este modo asociará

nuestro recuerdo á sus oraciones, y estaremos pre-
sentes en su memoria en los instantes mas supremos
y recogidos de su espíritu.

Sin duda estaban destinados á este objeto los ri-
cos reclinatorios que se admiraban en los antiguos
castillos, hechos por nuestras antepasadas, mas afi-
cionadas que nosotras á las obras de tapicería, como
lo prueban las sillerías iguales al entapizado y alfom-
bra que han llegado hasta nues-
tros dias.

La vida actual, mas
activa, hace imposibles obras
de tal magnitud, pero como la
aficion á los trabajos de tapi-
cería no se pierde jamás, el
mueble que nos ocupa está co-
mo siempre en su lugar. Elije-
se para él un dibujo de caña-
mazo alegórico, como vienen
ya, y se borda con estambre y
sedas para los claros, ó estam-
bres y mostacilla gruesa para
los mismos toques bajos, com-
binaciones que apenas inicia-
das han llegado á hacerse in-
dispensables por su buen
efecto.

El armar el mueble corres-
ponde al tapicero, y para igua-
lar al modelo que presentamos,
deberá ser de nogal ó palo san-
to, con las molduras al aire,

que representan el emblemático y sagrado objeto que
contemplan nuestras lectoras.

No todas pueden costear una labor de esta natu-
raleza, pero aquellas cuya fortuna les permita un
capricho de este precio y le pongan por obra, reciban
por adelantado nuestra enhorabuena, por saber unir
el gusto y la aplicacion á las prácticas religiosas, las
mas bellas de cuantas son patrimonio de la mujer.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Por lo no firmado

El Directorio Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.